

La orfebrería momposina: El aprendizaje de la paciencia

DAVID ERNESTO PEÑAS GALINDO



“**Y** A POR MOMPÓS no se pasa, a mompós se llega”, expresan sus habitantes. Y para llegar, hay necesidad de sufrir las peripecias de una odisea. Si el viajero parte de Cartagena, debe soportar cinco horas en un bus hasta Magangué, trasladarse a la chalupa o al transbordador que lo conduzca a La Bodega, caserío donde debe esperar la llegada de otros atrevidos viajantes que completen el cupo de un campero atiborrado de los más heterogéneos equipajes: desde botellones con suero hasta un cargamento de cerdos que chillan desesperados al observar el mundo desde la parrilla, donde los han subido en medio de la algarabía de los pasajeros. Por fin, cuando la desesperación llega a su límite, se observa la ciudad escondida que compensa todos los sinsabores y las penurias de la travesía: una población donde se palpa un espíritu distinto, la pátina de los siglos prósperos, cuando Mompós llegó a contarse entre las tres ciudades más importantes de la Nueva Granada.

Y no se trata solamente de sus construcciones, gigantescas y acogedoras. Únicamente sería el cascarón, piedra hueca, si el alma de sus pobladores

ARRIBA

“Para la venta de los productos simplemente se hace sentar al comprador y se trae ante él todo el trabajo acumulado durante semanas sin clasificar en peso ni valor, una vez realizada la escogencia se hace la tasación por gramos y tras un ligero regateo se verifica el trato”.

ABAJO

“La ciudad mira el paso de la historia con la serenidad de quien dejó de ser protagonista y se convirtió en espectador”.

FOTOGRAFÍAS: GABRIEL VIEIRA
Y ERNESTO PEÑA
MAPAS: MARTA RAQUEL HERRERA



no se manifestara en consonancia. En Mompós, el tiempo transcurre a un ritmo distinto, reposado, señorial. Después de los años juveniles, y de sus alocados devaneos con la fortuna, la ciudad mira el paso de la historia con la serenidad de quien dejó de ser protagonista y se convirtió en espectadora.

Allí, por afortunado aislamiento, se conservaron ciertas labores que requieren el contenido aprendizaje de la paciencia: el diálogo del artesano con sus dedos que extraen formas de la materia bruta —la arcilla, el hierro, el oro—. Reina la forma espiral, quizás simbólica del encierro, en las ornamentaciones de las rejas, en la filigranas; en el tallado de los muebles.

Hace trece años, siendo un estudiante en receso por uno de los tanto cierres de las universidades estatales, llegué a Mompós con la intención de demorar allí el tiempo apenas justo para regresar a las aulas con nuevas energías. Sin embargo, el milagro de la villa me cautivó, probé el fruto del loto, y me olvidé del retorno. Una vez se experimenta la dimensión del tiempo perdido, es imposible volver a ver el mundo de la misma forma.

Este trabajo, entonces, es un torpe intento por tratar de explicarme a mí mismo el encanto de una ciudad sui géneris, y una búsqueda de relaciones y detalles que permitan su acercamiento. Indudablemente, la intención es superior al resultado. No he podido adoptar la objetividad sesuda del observador desapasionado; más bien, he tratado de compartir la alegría del descubrimiento tardío de una ciudad que figura en todos los manuales de historia patria, pero que ha dejado de aparecer en los atlas de geografía.

En la primera parte, situaremos histórica y geográficamente la región, resaltando las causas del aislamiento de la villa. Posteriormente, un breve recuento —más recuerdo que otra cosa— de las riquezas auríferas que llegaban a la población, y las que permitieron la continuidad de la tradición orfébrica; y, por último, una descripción del taller artesanal de platería, para enlazar la obra con el hombre.

EL VOLUBLE RÍO MAGDALENA

La isla de Mompós está formada por la confluencia de los ríos Magdalena y Cauca. La convergencia de éstos, además del San Jorge y el Cesar, “forma un amplio delta interior, que unido a la existencia de innumerables ciénagas, pantanos, y una red intrincada de caños que los unen entre sí, cubren una amplia superficie denominada ‘depresión momposina’.

El ser punto de encuentro de tan importantes corrientes, aunado a la fertilidad proverbial de su suelo, anegadizo, sujeto a inundaciones periódicas que lo cubren de una apreciable capa de humus, la determinó como uno de los principales asentamientos de la época prehispánica y, además, cruce de caminos entre los diversos grupos indígenas, que poblaban nuestra patria, entre ellos los sinúes, malibúes, sondaguas y chimilas.

Desde las primeras etapas de la conquista, cuando apenas se estaba realizando el conocimiento y la delimitación del territorio, las huestes hispánicas pudieron apreciar su importancia estratégica, dada la cercanía y la fácil comunicación con las ricas minas de Antioquia, y su objetivo se concretó en la fundación de la importante Villa de Santa Cruz de Mompós, que llegó a ser uno de los sitios de más rápido desarrollo, debido al auge del comercio y la navegación.



La orfebrería momposina es un arte dirigido a la mujer.



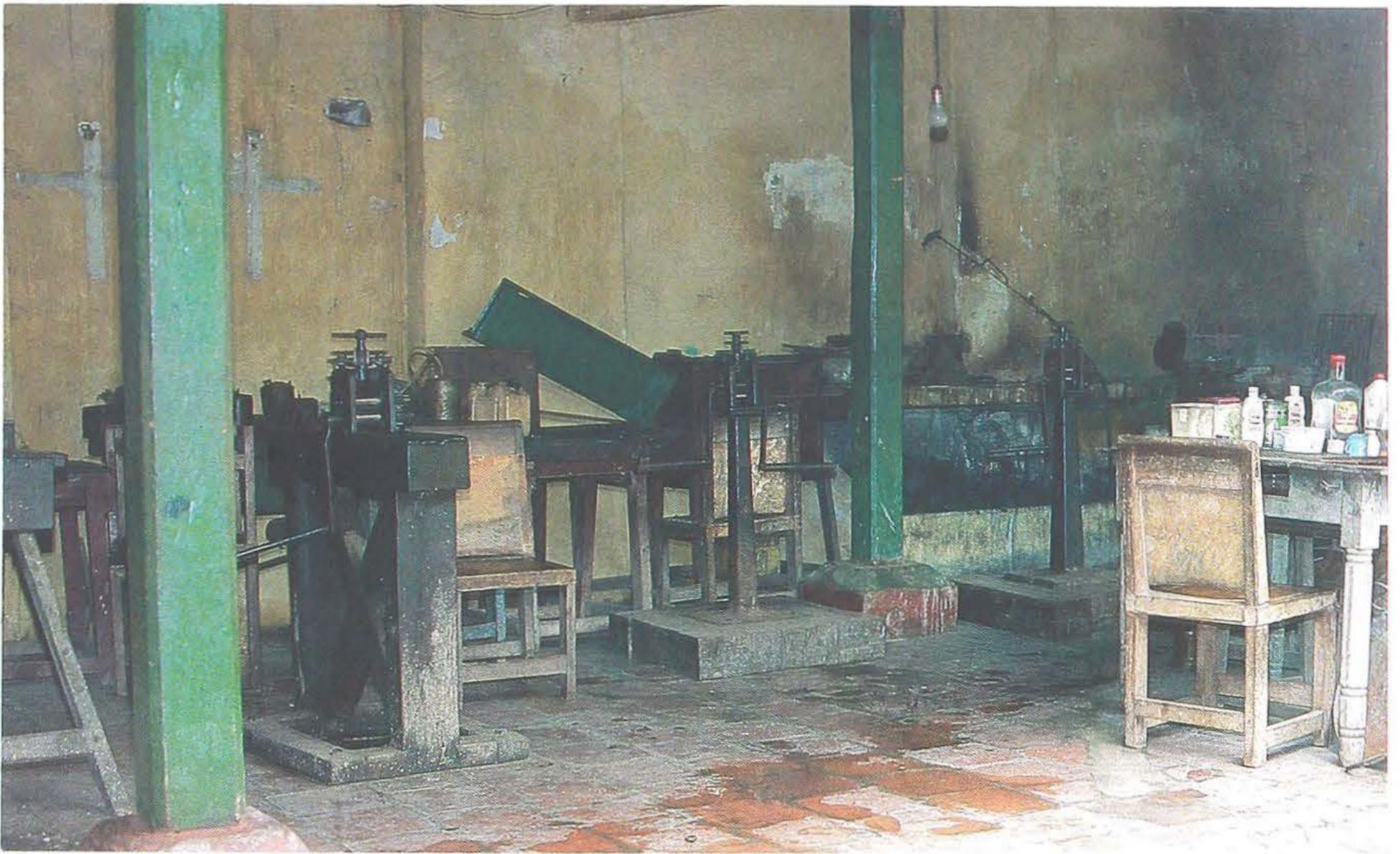
En el período comprendido entre 1537 y 1540 se establecieron los primeros reales, los asentamientos y, posteriormente, en 1541, luego de un pleito entablado entre Alonso de Heredia y algunos conquistadores rebeldes, su hermano, el adelantado Pedro de Heredia, realiza la consolidación del territorio, “mandando hacer iglesia y nombrando alcaldes y regidores”.

Pronto la villa comenzó a medrar, y gracias a su destacada posición, se convirtió en el centro de acopio y distribución de las más diversas mercaderías. Hasta allí llegaban, en bongos y champanes, los productos agrícolas del Sinú, el oro de Buriticá, Guamocó, Cáceres, Zaragoza y Remedios, por el Cauca, y el contrabando de artículos provenientes de las Antillas, que ingresaban por rutas secretas, desde la Guajira, hasta desembocar en el puerto de Jaime, frente a Mompós.

Además, y por la misma causa, fue sitio de establecimiento y centro de penetración de las principales órdenes religiosas, que allí organizaron sus conventos: agustinos, franciscanos, dominicos, jesuitas y hospitalarios.

De esta época data la coplilla que hoy desata leves sonrisas picarescas entre quienes desconocen sus orígenes fluviales, pues se refiere al tráfico de las naves, objeto de la prosopopeya, y creen que se trata de algún extraño don de fecundidad entre sus pobladores:

*Mompós, tierra de Dios,
donde se acuesta uno
y amanecen dos...
Y si sopla el viento,
amanecen ciento;
y si vuelve a soplar,
no se pueden contar...*



“Los talleres están situados preferentemente en la misma residencia del maestro”.

La importancia que había alcanzado la villa indujo al rey Felipe II a crear la provincia de Mompóx, en 1561, calidad de la cual no gozo mucho tiempo, al parecer por disensiones internas, motivadas posiblemente por pleitos de jurisdicción con Cartagena y por el deseo de mantenerse alejada de un control directo del fisco español, pues ya en esta época comenzaba a perfilarse como uno de los ejes del contrabando colonial.

Según Pedro Salcedo del Villar, por la vía de esta villa se efectuaba desde entonces el comercio con el reino de Quito y el Perú, y se conducía gran cantidad de perlas para Lima.

Por otra parte, las frecuentes incursiones de piratas y bucaneros, que asolaban las costas caribes, motivó a muchas familias cartageneras y samarias a mudarse con sus capitales a la floreciente –y más segura– ciudad. Se formaron gigantescos latifundios, algunos de más de 150.000 hectáreas, confusamente delimitados, usufructuados por grandes troncos de la aristocracia criolla, como los marqueses de Santa Coa y Torrehojos, que abarcaban gran parte del actual sur de Bolívar y departamentos aledaños.

Para entonces, ya estaban establecidos algunos gremios artesanales, entre los cuales podemos señalar herreros, ceramistas y plateros, u orfebres. Estos últimos gozaban del excedente del precioso metal que llegaba en apreciable cantidad de Antioquia, y luego de tasarlo y deducir el quinto real, quedaba en buena parte en las faltriqueras de tratantes y mercaderes.

Las frecuentes avenidas del río Magdalena, aunadas a la necesidad de resguardar adecuadamente los productos, y a la capacidad económica de los comerciantes, motivó la construcción de sólidas casas de mampostería, con amplios patios interiores, a la usanza sevillana, y a la edificación de la

muralla frontera al río –La Albarrada– que protegiese a la ciudad de los embates de la corriente, otorgándole a la villa su perfil característico, que aún hoy conserva admirablemente, gracias a su aislamiento.

A fines del siglo XVIII ya encontramos una incipiente, aunque próspera, burguesía comercial, que se siente constreñida y perjudicada en sus intereses por las gravosas trabas de la economía peninsular, y alberga pretensiones revolucionarias. El eje independentista, durante los memorables sucesos de 1810 y 1811, estará conformado por Cartagena, Santafé y Mompós, siendo ésta la primera ciudad en declarar la independencia absoluta de España y de cualquier dominación extranjera, un año antes que la capital de la provincia.

La misma situación estratégica mencionada la convierte en teatro de numerosos enfrentamientos, entre ellos el primer encuentro de envergadura entre las tropas españolas y las patriotas, el 19 de octubre de 1812, cuando Mompós, tras defender bravamente su independencia recién adquirida, obtiene el título de Ciudad Valerosa. Allí, igualmente, recibirá Bolívar el temprano contingente de cuatrocientos voluntarios, con los cuales emprenderá la Campaña Admirable que lo conducirá en triunfo hasta Caracas.

Posteriormente, estará sujeta a las vicisitudes de la guerra por la liberación de España, hasta cuando un fenómeno natural que venía gestándose silenciosa, pero inexorablemente, la obligó a retirarse de la vida pública y a comenzar a rumiar sus recuerdos.

Durante la época colonial, el río Cauca desembocaba en el Magdalena en el sitio conocido con el nombre de Bocas de Tacaloa, y solamente durante el invierno se desbordaba el llamado Caño de El Rosario, que, como veremos, dio origen al Brazo de Loba. En ese entonces Mompós no era una isla, como lo es hoy, aunque estaba surcada por múltiples brazuelos y caños. Es de recordar que “la zona de máxima sedimentación del Magdalena comienza aguas abajo de Nare, calculándose que en Puerto Berrío la corriente arrastra anualmente unos cuarenta millones de metros cúbicos de sedimentos, que en gran parte van depositándose en la llanura ribereña del valle inferior”. Este inmenso caudal de arenas va cambiando, de manera lenta, pero ininterrumpida, el curso de algunas corrientes, al obligarlas a desviarse.

Hasta mediados del siglo XIX, el Brazo de Morales soportaba el mayor impulso del Magdalena, por cuya recta se lanzaba hacia el hoy Brazo de Mompós, después de haber dominado el impulso transversal del río Cesar. El natural fenómeno de erosión y sedimentación fue modificando, con el transcurso de los años, este mecanismo. Los meandros y nuevos islotes cambiaron la fisonomía del Brazo de Morales, con lo cual disminuyó el impulso del Magdalena por dicho Brazo, y fue llevando el mayor caudal hacia el oriente, conducido por el amplio meandro que dirige ahora la corriente del Magdalena hacia la roca sobre la cual está edificado El Banco. El impulso del choque, reforzado por el del Cesar, y ayudados ambos por la actividad humana, lograron que el Magdalena forzara el paso por el Caño de Pescadores, o de El Rosario, frente a Hatillo de Loba, hacia la Ciénaga de Hacha. Esto aumentó la actividad fluvial en los caños que unían el Magdalena al Cauca en la depresión momposina, y las energías laterales y verticales de la corriente ensancharon el cauce, ahondaron el lecho y perfeccionaron el actual Brazo de Loba, así denominado en 1875, por el gobierno del Estado Soberano de Bolívar, como reconocimiento de un hecho cumpli-

do. Como consecuencia de todo lo anterior, el Cauca vino a desembocar en las Bocas de Guamal, y el San Jorge pasó a ser afluente del Magdalena.

Mientras la navegación se realizaba en bongos y champanes, embarcaciones de muy escaso calado, la sedimentación frente a Mompós no revestía mayor problema. Sin embargo, una vez comienzan a introducirse los buques de vapor, se hace notoria la dificultad del paso. Las naves, que utilizaban el Brazo de Mompós en su ruta hacia Barranquilla y puertos intermedios, a causa de ser menor el recorrido por éste que por el de Loba, comienzan a encallar frecuentemente, con las consiguientes averías y pérdidas, y por último, se vino a establecer definitivamente la navegación por Loba en toda época del año, a fines de la década de 1860. Este fenómeno derivó en el auge de Magangué, que vino a tomar el lugar de Mompós como centro de tráfico y distribución.

Paradójicamente, como podemos colegir de los datos anteriores, Mompós le ha debido su fortuna a la desgracia: las catastróficas inundaciones de que era víctima obligaron a la edificación de estupendas construcciones, sobre elevados andenes —algunos de más de un metro— protegidas del río por la Albarrada, y en asombroso estado de conservación, pues hasta allí no llegó la piqueta demoledora del modernismo, al carecer la ciudad de atractivos económicos. Hasta no hace muchos lustros, en algunas de estas casonas residían familias a las cuales se les pagaba para que las habitaran, con el fin de evitar su deterioro. Por otra parte, su alejamiento del tráfico mercantil permitió la preservación de costumbres y técnicas ancestrales, como la orfebrería y la herrería, donde la introducción de nuevas herramientas y métodos de trabajo solamente vino a verificarse en fecha reciente.

ORO HASTA PARA LOS PERROS

La leyenda de El Dorado ha dado la vuelta al mundo, despertando el interés y la codicia de infinidad de hombres que, aún hoy, sueñan con un golpe de suerte, el hallazgo providencial que cambie el curso de sus vidas. Sin embargo, por excesivas que sean las hipérboles que rodean la extracción del áureo metal, no llegan a sobrepasar la maravillosa realidad de la riquezas extraídas de las entrañas del suelo colombiano, primero por las tribus indígenas, para las cuales se valor, aunque tenía cierta connotación de riqueza, era ritual y simbólico, no monetario; y posteriormente, en el irracional despojo verificado por los españoles y quienes lo sucedieron en el saqueo.

Francisco Silvestre, gobernador de Antioquia, escribía en 1776: “Las pocas vetas que se trabajaron en lo antiguo en el nombrado cerro de Buriticá, producían y consumían en solo la paga de los soldados destinados a defender las cuadrillas de los ataques de los bárbaros, 3000.000 castellanos [trescientas libras] de oro al año [...]. Los antiguos molían a mano la piedra, y con todo, sacaban la prodigiosa cantidad de oro que queda insinuada...”.

Antonio del Pino Villa Padierna, también gobernador de Antioquia, fue uno de los dueños de esta legendaria mina de Buriticá, “cuyo oro amalgamaba en bolas de una libra de peso [...] de un libro de sacas de dicho señor, que se ha conservado, aparece que pagó al rey, en un solo año, 300 libras de oro por el derecho de quintos”. Una esclava, barriendo la casa en que había vivido el señor Pino, se encontró una de esas bolas, y con el producto compró su libertad.

Las minas de Zaragoza, por su parte, de 1602 a 1620 solamente, produjeron 23.000 libras de oro.

Fray Pedro Simón, que estuvo en Remedios, describe así sus copiosos aluviones: “sacaban en la arena el oro a puñados, como granos de trigo y garbanzos, y muchos mayores que avellanas”.

A fines del siglo XIX, según Restrepo, “todavía producían algunos centenares de libras de oro por mes, solamente en las minas de veta, además del que se extraía de las de aluvión”.

José Barón de Chaves, en su Memoria -1779- expresaba: “El metal que se saca [de la provincia de Antioquia] sube, no obstante, por lo que se mira a solo tres poblaciones, que son Antioquia, Medellín y Rionegro, a 50.000 castellanos, de oro [500 libras] por año, y no contemplo que sea la tercera parte de lo que se extrae de los veneros”.

En las minas de aluvión de El Rosario “se sacaba el oro por arrobas”. Ya en fecha más reciente, hacia 1840, de la mina de Santa Ana, en Antioquia, se extraían de tres a cuatro libras de oro diariamente,

Nos haríamos fastidiosos de continuar registrando los sitios relativamente cercanos a Mompós de donde se obtenía el oro en cantidades tan fabulosas como las descritas. Según datos de Restrepo, en su magistral estudio tantas veces citado, “es prácticamente interminable la enumeración de las localidades donde se han beneficiado minas de aluvión o de filón”.

La realidad de la riqueza aurífera colombiana, como al comienzo lo expresábamos, supera cualquier fantasía calenturienta: los cerdos, al hozar, sacaban a la superficie los veneros, y en las mollejas de las gallinas se encontraban los granos de oro que picoteaban al azar. En la partición de las riquezas, “aún a los lebreles se les consideró acreedores a una buena parte según sus hazañas, la cual se dio a sus respectivos amos. A Leoncico, perro de Balboa,

“Reina la forma espiral, quizás simbólica del encierro, en las ornamentaciones de las rejas”.



e hijo de Becerrillo, conocido por haber despedazado tantos indios en la isla Española, le tocaron 500 pesos”.

EL MESTIZAJE DE LA ORFEBRERÍA

El conocimiento que los indígenas colombianos poseían de la orfebrería aún pone en calzas prietas a las técnicas contemporáneas. No es el objeto de este estudio detenerse sobre el maravilloso dominio que la cultura sinú –la de nuestro interés específico, por pertenecer Mompós a su zona de influencia– demostró poseer, sino, solamente, enlazar su herencia con el actual trabajo de los orfebres momposinos. Por lo tanto, a riesgo de omitir importantes detalles, queremos resaltar solamente dos hechos concretos:

1. Las técnicas complejas, y el dominio de la cera perdida, se perdieron, o tergiversaron, en el transcurso de la aculturación y de la destrucción cultural.
2. Se conservaron –mimetizadas en las técnicas hispano-árabes– algunas nociones del vaciado indígena, y, curiosamente, en la calafatería, el posible horno prehispánico.

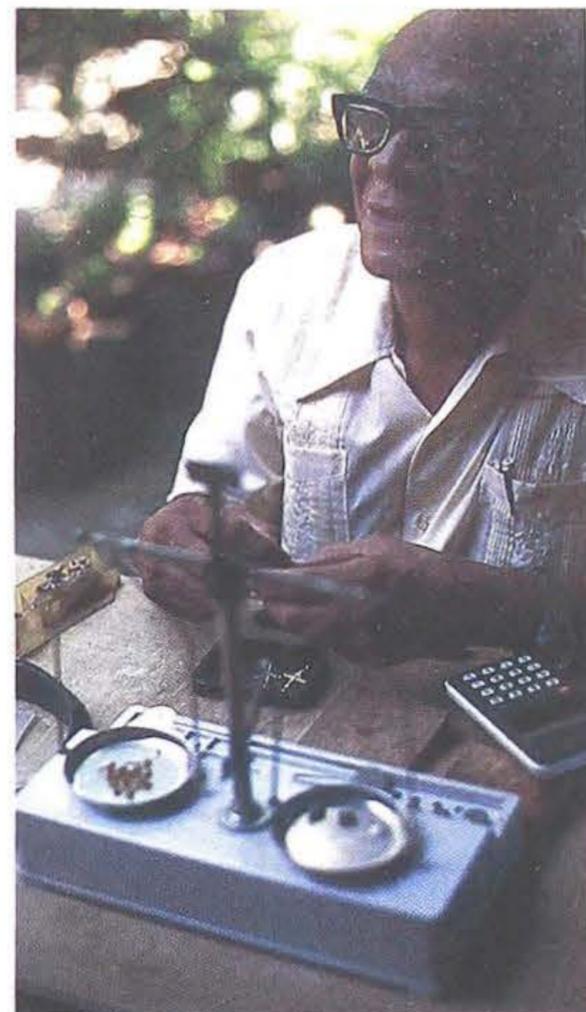
Es bien conocido, y sería redundante recalcar en ello, que el principal interés que movió al conquistador español fue la sed copiosa de riquezas –“auri sacra fames”– que lo llevó a destruir culturas que, por muchos aspectos, excepto el bélico, eran superiores a las de sus amos impuestos. Por ello, durante la primera etapa de la conquista, ni siquiera podemos esperar la curiosidad que demuestran los advenedizos por otras manifestaciones culturales, pues desde el comienzo de aquella, el saqueo de las tumbas, la aniquilación del gigantesco legado aportado por otros modos de ver la vida, fueron la orden imperiosa para gañanes ignorantes.

Los reyes españoles, acuciados por la necesidad económica, ordenaban la fundición de las valiosísimas piezas que llegaban a la península sin siquiera verlas, ávidos del circulante, y además, desinteresados religiosa y sinceramente de las que consideraban culturas paganas, que estorbaban la creencia en el Dios verdadero: el de los españoles.

Durante las épocas preliminares, y hasta bien entrado el siglo XVI, los conquistadores despreciaron las técnicas indígenas, y solamente emplearon a las tribus “de muchas maneras y formas, dando a unos tormento y a otros por amor, y dando a otros cosas de Castilla” para que los guiaran hacia los filones y los condujesen –de mal grado, por supuesto– hasta las tumbas de los antepasados, para regodearse en la necrofagia aurífera.

Sin embargo, era tan obvia por lo sencilla y elemental en cuanto a sus herramientas, y tan deslumbrante, por sus resultados, la orfebrería prehispánica, que pese a todo ello sobrevivieron algunos conocimientos, racionalmente adaptados al medio, y que aún perviven.

Las técnicas de fundición aún no han podido estudiarse con el carácter casi exhaustivo que merecieron otras etapas del proceso. En ello ha influido la carencia de muestras de las hornillas o de los hornos de mayor capacidad, pues solamente se conoce una hornilla, o guaira, procedente de Manizales. Nos atrevemos a esbozar otra hipótesis que podría ser objeto de mayor investigación: aún hoy se emplean latas de aceite, rellenas de aserrín, para



“El maestro no solamente es la persona que se encarga de instruir al aprendiz, sino que, por razón de su oficio se convierte en su ideal humano”.

Las técnicas complejas y el dominio de la cera perdida de los Sinú, se perdieron y tergiversaron en el transcurso de la culturación. Se conservan mimetizadas en las técnicas hispanoárabes, algunas nociones del vaciado indígena.



El conocimiento del oro se une a las demás tradiciones momposinas; la semana santa es famosa por los momentos y la conservación de sus costumbres intactas.

ser utilizadas como cocinetas portátiles por ciudadanos de escasos recursos. Este elemental artefacto tiene un orificio que lo atraviesa verticalmente y posteriormente tuerce en un ángulo de noventa grados, en sentido horizontal. Basta con encender al aserrín en la boca superior de salida, y por su ingeniosa construcción, siguiendo el tiro de la columna de aire, permanece vivo el fuego sin necesidad de continuar atizándolo. Este mismo sistema, empleado en los barrancos a la orilla de los ríos, o aprovechando desniveles naturales, bien pudo haber sido el medio que permitió a los indígenas la fusión de cantidades apreciables de oro, imposibles de ser trabajadas con la técnica tantas veces descrita del soplete de boca, ni aun con la guaira.

Vale la pena también aclarar que este horno rudimentario fue ampliamente utilizado en Mompós durante siglos, para mantener caliente la brea con la que se realizaba el calafateo de las naves que surcaban el “Río Grande de la Patria”, y que tenían en Mompós, “el ombligo del Magdalena”, uno de sus principales astilleros.

Además, aún se emplea el mismo principio en las hornillas campesinas. En cuanto a la técnica de la cera perdida, es de resaltar que los artesanos de Mompós ya no practican el método, aunque conocen el proceso e inclusive, algunos artificios heredados de tiempos inmemoriales, por ejemplo, el molde utilizado para el vaciado, que se elaboraba –siendo Mompós mediterránea– de concha de caracol marino, calcinada y finamente molida, a la cual se le agregaba posteriormente agua de panela para darle consistencia.

De todas maneras, lo básico y sobresaliente es la continuidad, no solamente técnica sino también formal, que se amalgamó con los conocimientos que trajeron los orfebres españoles, los cuales, por su parte, también recogían los valiosos aportes árabes del trabajo de filigrana, su gusto por la ornamentación y el detalle minucioso y ese especial *horror vacui* que condensa en los más breves espacios toda una dimensión miniaturista.

EL AMBIENTE DEL TALLER: ¡HASTA QUE CUAJE EL AGUA!

El actual taller de platería está conformado por un maestro y un número variable de oficiales y aprendices, dependiente de la prosperidad del negocio, y sujeto a los vaivenes y altibajos de la economía nacional. Posiblemente, uno de los termómetros económicos más confiables para detectar los estados de crisis sea el número de integrantes de un taller de orfebres.

Estos talleres está situados, preferentemente, en la misma residencia del maestro quien en la mayoría de los casos, aprendió su arte por herencia, por lo que se pueden mencionar familias que por generaciones han laborado el oro con singular paciencia y destreza.

El maestro no solamente es la persona que se encarga de instruir al aprendiz, sino que, por razón de su oficio, se convierte en un ejemplar humano respetable y confiable, cuya paciencia, honradez y ecuanimidad son prendas de garantía para todos los orfebres a su cargo.

La extracción social de los trabajadores del taller es, preferentemente, de clases media y media baja, y principalmente de aquellos jóvenes que, por desinterés en el estudio, o por escasez de recursos, son obligados o inducidos por sus padres a “aprender el arte”. En la mayoría de los casos el aprendiz,

un adolescente, era llevado por sus familiares a la presencia del maestro, ante quien lo entregaban formalmente para que comenzara su noviciado. Éste, luego de observar con detalle a su futuro discípulo, aceptaba su ingreso, y procedía, de acuerdo con los demás trabajadores, que ya habían pasado por la misma experiencia, al rito de iniciación, sagaz *test* psicológico que les permitía detectar desde el primer día si el muchacho tenía las aptitudes necesarias para el rudo trabajo que le esperaba. Con seriedad cejijunta, el maestro llevaba al jovenzuelo hasta una de las pailas de cobre llenas de agua que se encontraban convenientemente dispuestas en el centro del patio, a pleno rayo de sol, y con ademán misterioso sacaba del estante de los productos químicos un frasquito. “Es cianuro”, decía, al momento que arrojaba unas cuantas gotas sobre el líquido. Luego, con gesto autoritario, le alcanzaba un meneador de palo mientras le indicaba la labor: “Debes comenzar a menear el agua hasta que cuaje. ¡Y mucho cuidado, porque se necesita para la tarde!”. El joven empezaba con ímpetu su tarea, sin percartarse de las miradas maliciosas que se entrecruzaban los veteranos orfebres, ni de las sonrisas contenidas que a veces estallaban en inexplicables carcajadas. Sin embargo, a medida que el sol iba subiendo, y comenzaba a sentir el ahogo del calor que le derretía los sesos, su energía iba en mengua.

Cuando alguno de los joyeros notaba que su ánimo decaía, lo llamaba al orden: “¡Ajá!, ¿ya te cuajó el agua?”. Ante la respuesta negativa del muchacho, lo reprendía por su negligencia y le ratificaba lo expresado por el maestro: “Ve que se necesita para la tarde”.

Pronto el joven empezaba a buscar la sombra, el abrigo fresco de las paredes, y nuevamente le llamaban la atención para que se corriera, “porque si no le daba el sol no cuajaba”.

Al llegar a Mompós se descubre la ciudad escondida, como detenida en el tiempo.





Monumento a Bolívar en Mompós.



ARRIBA

Este es un santo sepulcro, símbolo de la semana santa. Hecho en Francia en 1880, con él se recorre la ciudad el viernes santo.

ABAJO

Arcillo en filigrana momposina.

Luego de permanecer el día entero en la monótona labor, sin almuerzo –“no se podía interrumpir la delicada operación”–, ya los miembros de la cofradía habían podido percatarse de las cualidades y los defectos del aspirante: si permanecía animoso o, al contrario, comenzaba a esbozársele una sombra de duda en el alma sobre su futuro trabajo. Faltaba, sin embargo, el toque final. Aún no se le comunicaba que su tarea era infructuosa, sino que era objeto de una áspera reprimenda por parte del maestro y de los demás oficiales y aprendices confabulados. Por su negligencia –decían– no había cuajado el agua, y al día siguiente debería repetir la operación.

Ante esto, los tibios desaparecían como por ensalmo, y no volvían a pasar jamás por el frente de la casa de sus tormentos. Los que, en cambio, albergaban aún la esperanza de trabajar sobre el oro, y no por el oro, regresaban dispuestos; sin advertencias preliminares tomaban su meneador, se acurrucaban junto a la paila de cobre y ejercitaban la paciencia. Era el momento en que el maestro y los demás, con la franca carcajada de satisfacción por el ingreso de un nuevo miembro, le espetaban: “¿Te vas a quedar ahí de pendejo? ¿Cuándo has visto que el agua cuaje? ¡Alcánzame las tenacillas y mira cómo se estira el hilo!”.

Aún hoy, pese al desmedro y a la decadencia de la orfebrería momposina, asfixiada por la competencia incontrolada de la joyería italiana, por el alza del precio interno del oro –sobre la valoración del mercado internacional– y por la carencia de una política proteccionista por parte del Estado para este tipo de manifestaciones culturales, se sigue –en menor medida, por supuesto– con la anterior forma de enganche de los nuevos trabajadores,

aunque, por haberse vuelto *vox populi*, ya no se practica el rito anteriormente mencionado.

Para la venta de los productos, simplemente se hace sentar al presunto comprador en la sala de la vivienda, y se trae hasta él todo el trabajo acumulado durante semanas, sin clasificar en peso ni valor, para que éste seleccione la prenda. Una vez realizada la escogencia, se hace la tasación por gramos y, tras un ligero regateo, se verifica el trato. Curiosamente, en pocos talleres se encuentran las prendas en un mostrador o vitrina, y menos aún con la etiqueta de su precio. Existen, sin embargo, clientes fijos: aquellos que se dedican al comercio de la afamada filigrana momposina, los que ya conocen las preferencias del mercado, y pueden mandar fabricar piezas por encargo. Son ellos los que se han lucrado de la labor artesanal, pues el orfebre, embebido en su tarea, desconoce las artimañas de la venta.

EL RELUCIENTE SAN MARTÍN DE LOBA

El maestro entrega a los oficiales determinada cantidad de oro para que elaboren las piezas a destajo. Teniendo en cuenta la merma que se presenta en el proceso, facilita una cantidad adicional, —que es llamada en el argot de los orfebres el *jito*—, dependiente de la clase de manufactura que se piensa efectuar.

No se presenta la especialización por etapas, a causa de la escasez de trabajo. En épocas florecientes, la demanda determinó tres tipos de orífices: los filigranistas, los moldeadores y los estampadores, pues el maestro reservaba para sí el oficio de grabador.

En el primero de los casos —la filigrana—, dentro del marco, o arma, se hace el relleno, —“panderos, lágrimas, ramales, caracoles, binchas”— con hilos de una finura increíbles, del grosor de un cabello, que son cuidadosamente enrollados en forma de espirales planas o ascendentes, a gusto del joyero, acomodándose a los espacios hasta completar la figura actualmente es la clase que tiene mayor apetencia entre los compradores.

El vaciado muy poco se practica —lo desterró la joyería italiana de bajo precio—, aunque anteriormente se realizaba sobre todo para moldear los anillos, y en ciertas fiestas religiosas, cuando aumentaba la demanda de exvotos por parte de los feligreses. Eran muy conocidas las fiestas de San Martín de Loba, población del sur de Bolívar, donde aún se extrae oro de aluvión, pues se exigía —dependiendo de la manda, o promesa del creyente— toda clase de órganos corporales, o de piezas especiales de oro de muy diverso quilataje, acorde con la solicitud de protección: ojos, manos, brazos, piernas e, inclusive, intestinos y órganos genitales; canoas para los pescadores; pequeñas figurillas de campesinos; un militar, para solicitar amparo para el hijo, el novio o el esposo que se encontraba en el ejército, niñitos de oro como amuletos para favorecer los partos; caimanes, para los salvados de su tarascada; perros, para conjurar los espíritus de hidrofobia... en realidad, las posibilidades eran ilimitadas, y se dio el caso del acaudalado dueño de una lancha salvada del naufragio, que ofreció a San Martín una manda poco común: la réplica de su embarcación, con banderitas y todo, en miniatura.

Cuentan los ancianos que lo vieron, que enfrente del altar mayor de la iglesia de San Martín de Loba se encontraba un bongo donde iban deposi-

tándose por turnos las ofrendas ante el ojo vigilante de los sacerdotes españoles encargados de administrar los milagros. El día de la procesión, la efigie del santo era paseada por las principales calles de la ciudad, totalmente recubierta de dijes y perendengues.

El estampe, ahora prácticamente desaparecido, aunque se conservan las herramientas, consistía en labrar en acero, con lima y buril, el estampador que después sería impreso en la lámina de oro a golpes de martillo.

Es de resaltar que los viejos maestros dominaban también el trabajo del acero, conocían sus características de temple, y, empíricamente, le daban la dureza requerida, observando la coloración que tomaba el metal en la fragua: temple de hígado, temple de sangre y temple dorado, eran los nombres de los diversos grados de calor a que sometían el acero para trabajarlo adecuadamente.

La fundición de pequeñas cantidades de oro se hacía por medio del soplete de boca, antes de introducir el soplete de fuelle, movido por el pie. Aquél consistía en un canuto que servía para expeler el aire sobre la llama de un mechón o candil, dominando la espiración, según la mayor o menor intensidad. Este procedimiento debía efectuarse en el interior de un cajón en forma de escaparate sin puertas, para evitar las incómodas corrientes que podrían estropear el delicado trabajo.

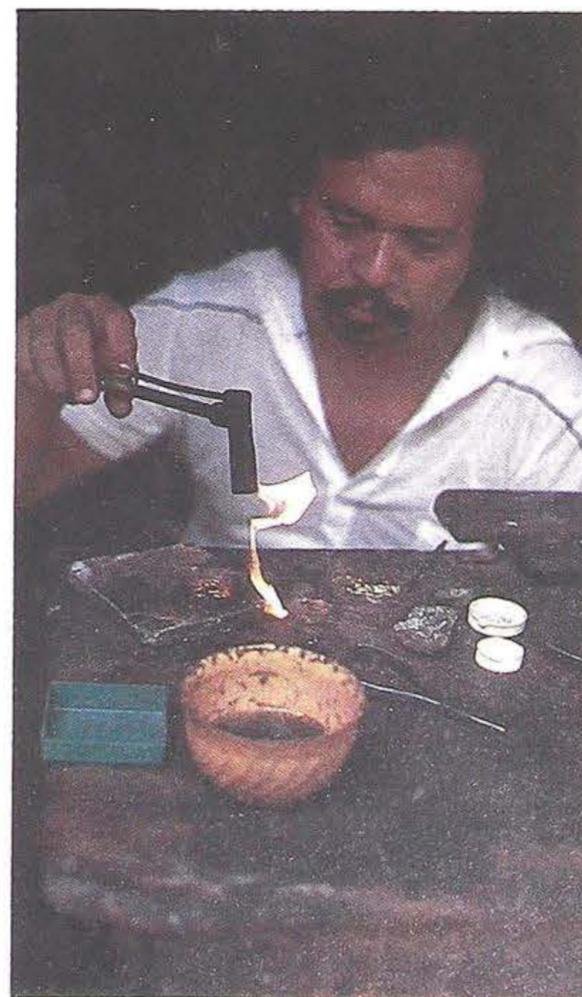
Estos escaparates tenían, por lo tanto, las paredes cubiertas de una gruesa capa de hollín. En asombrosa simbiosis laboral, periódicamente llegaban los ebanistas solicitando al maestro autorización para raspar el interior del mueble, y llevarse al taller el negro de humo que después sería utilizado por ellos para pintar los ataúdes.

LOS HONESTOS FALSIFICADORES DE MOMPÓS

La joyería momposina ha estado sujeta a etapas alternas de auge y de crisis. De lo que se ha podido conservar en testimonios orales, en lo que respecta al presente siglo y fines del pasado, podemos mencionar tres épocas de auge claramente delimitadas: la primera, cuando se llevó a cabo la construcción del canal de Panamá y la solicitud de las prendas locales, tuvo codiciada demanda. Posteriormente, tras un interregno de varios decenios, el esplendor de la explotación del banano también repercutió en la orfebrería momposina. Por último, durante la segunda guerra mundial, ante la crisis europea y el tímido desarrollo de la economía nacional, capitales de origen judío se vincularon a la villa y colocaron a casi todos sus habitantes a depender de la elaboración del oro.

Fue la presencia de Isaac Voloj Keshnevir, ciudadano de origen rumano, a quien, conjuntamente con Marcos Moskovich, que ya estaba radicado en Cartagena, decidieron formar una empresa de tipo capitalista para la fabricación de piezas, no solamente de filigrana, sino de índole diversa. Isaac Voloj llegó a Cartagena a finales de la década de 1930 y comenzó a trabajar de panadero en una industria en la que él mismo fabricaba las hogazas y luego salía a distribuir las por las calles tortuosas de la Heroica en una carretilla de pedal. Hombre culto —hablaba ruso, griego, inglés, francés, alemán y yidish— y visionario, apreció las posibilidades de comercialización de las joyas momposinas, y se apareció por la villa a principios de los años cuarenta, con oro en bruto que entregaba por libras a los talleres, para que

Orfebre trabajando en su taller



fabricaran lo que cada cual quisiera -o pudiera-, pues no estipulaba el tipo de pieza, sino su peso. Estas, luego serían vendidas en los Estados Unidos, en Centroamérica o en el mercado interno.

Durante los intermedios críticos, en los cuales la joyería dejaba de ser rentable, se presentaba la emigración de familias enteras de orfebres, principalmente hacia Barranquilla, donde algunas encontraron el enlace y el apoyo de los antiguos emigrados a raíz del cambio del cauce, que habían partido con copiosos capitales y comenzaban a tener destacada figuración en la naciente Arenosa: Santodomingo, Salcedo, Rosado, Blanco, Soto, Mendoza, pero que, atados al terruño de sus antepasados, seguían conservando el tenue cordón umbilical del afecto hacia sus coterráneos.

Era tan natural la maestría de los orfebres momposinos, que algunos de los que se quedaron, en la época terrible de las vacas flacas, conseguían las monedas de plata de 0,900 que circulaban, para hacer un molde, o vaciado, bajándole la aleación, y de tal forma subsistir, consiguiendo para el diario en los momentos difíciles, cuando apremiaba la penuria. Era sutil, en verdad, diferenciar la pieza original de la falsificada, dada la destreza de los artesanos. Sin embargo, jamás tomó los visos de un fraude en gran escala, y lo relatamos más como detalle ilustrativo de la crisis, resaltando la anécdota, que como actitud permanente de dolo.

LOS PESCADITOS DE ORO DEL CORONEL AURELIANO BUENDÍA

Al conversar con los remanentes de la orfebrería momposina, que permanecen en su oficio más por terquedad y fuerza de la costumbre que por esperanzas económicas, surge la duda y la honda preocupación sobre la pervivencia de esta tradición secular. En ninguna otra de las etapas de crisis, como ahora, expresan, se había visto más reducido el mercado y más estrechas las posibilidades de subsistencia.

Gabriel García Márquez, en *Cien años de soledad*, relata la patética historia del coronel Aureliano Buendía, que en sus años postreros se dedicaba a la tarea interminable de elaborar pescaditos de oro: “seguía fabricando dos pescaditos al día, y cuando completaba veinticinco, volvía a fundirlos en el crisol para empezar a hacerlos de nuevo”.

En esta metáfora se encierra el aprendizaje de la paciencia de los orfebres momposinos: ante la persecución de todos los gobiernos, que han clasificado su trabajo como suntuario, el artesano sigue entregando sus ojos gastados, sus cataratas, como precio de un trabajo sobre el metal que enloquece a los hombres, pero que, para él, más allá de la ambición por haberle conocido sus secretos, no se trata más que de la materia prima de su labor, una pasta informe de color terroso y sucio, de la cual, poco a poco, con inigualable destreza, va extrayendo las formas, los relieves, los destellos.

Muchas personas en Mompós conocen –y dominan– la orfebrería, pero ya van siendo cada vez menos los que la trabajan. Han tenido que derivar hacia lo que ahora se llama, con un eufemismo tan pudibundo como ambiguo, “sector informal”, que, en última instancia –hasta ese punto muerto de fosa abisal ha llegado el deterioro de nuestra economía–, designa a los chanceros, loteros, vendedores de cordones, fabricantes de ojales, expendedores de dulces menudeados y cigarrillos sueltos, traficantes de baratijas, casetes chimbeados, loza china, pomadas y menjurjes, intermediarios y artífices de la filigrana del rebusque.



"Ya por Mompós no se pasa, a Mompós se llega".

Por... —¿qué terminó emplear?: ¿miopía?— se ha equiparado a los artesanos de Mompós, Barbacoas y el Chocó con los opulentos joyeros del Chicó, tal vez por semejanza fonética.

Si los conquistadores españoles despreciaron, por ignorancia, el precioso legado milenario, nosotros, los contemporáneos de una tradición que se extingue por indiferencia, ambición u olvido, no somos menos culpables. Algún día, tal vez no muy lejano, tendremos que recurrir a los libros de los especialistas para conocer lo que no fuimos capaces de conservar.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

DUQUE GÓMEZ, LUIS, *Tribus indígenas y sitios arqueológicos*, Historia Extensa de Colombia, Academia Colombiana de Historia, vol. 1, t. 2, Bogotá, 1967.

INSTITUTO GEOGRÁFICO AGUSTÍN CODAZZI, *Departamento de Bolívar, Aspectos geográficos*, Bogotá, 1977.

PÉREZ DE BARRADAS, JOSÉ, *Orfebrería prehispánica de Colombia*, Banco de la República, Madrid, 1966.

RAMÍREZ ROMÁN, ORLANDO, *Obeso, hombre y medio*, Boletín Historial Academia

de Historia de Santa Cruz de Mompós, año XXXIX, núms. 20-21, julio de 1985.

PLAZAS, CLEMENCIA; FALCHETTI, ANA MARÍA, *La orfebrería prehispánica en Colombia*, Museo del Oro, Banco de la República, Bogotá, 1983.

RESTREPO, VICENTE, *Estudios sobre las minas de oro y plata en Colombia*, FAES, Medellín, 1979.

SALCEDO DEL VILLAR, PEDRO, *Apuntes historiales de Mompós*, Tipografía Democracia, Barranquilla, 1939.